

REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

ANATOLE FRANCE TIENE UN BOSWELL

POR T. R. IBARRA

PROPOS D' ANATOLE FRANCE.
Recogidos por Paul Gsell.

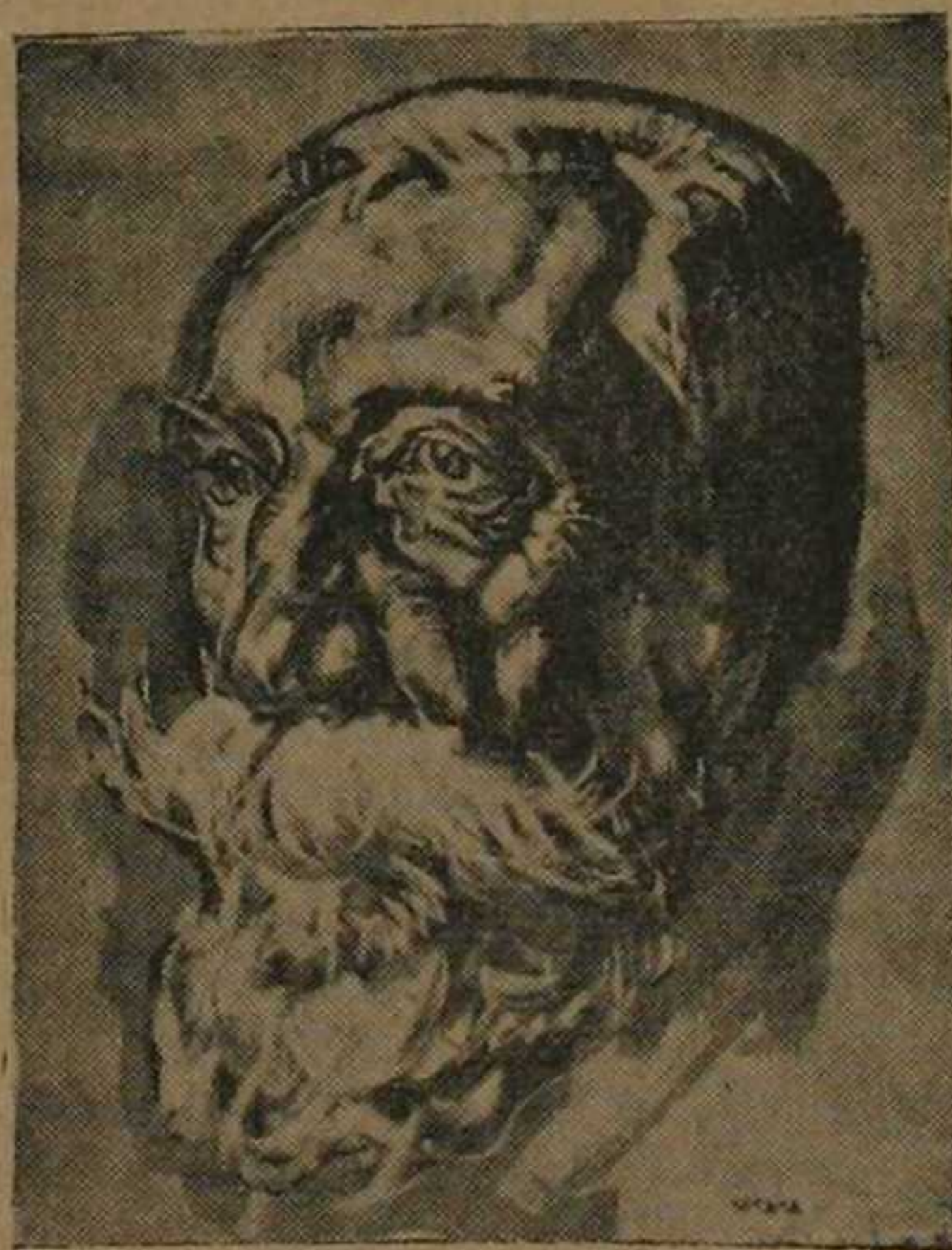
A Anatole France, príncipe de los escritores franceses, las últimas semanas de 1921 le han traído una doble distinción. Ha ganado el Premio Nobel de Literatura y ha encontrado un Boswell.

Cuando se hace pública la noticia de que el Comité Nobel lo destaca de entre todos los autores vivos, como digno del más alto honor literario del año, aparece en su París nativo un libro en que un amigo y admirador registra las conversaciones casuales del insigne maestro de ironía, con tal exactitud y copiosidad que dan título al recopilador a un lugar en la fama, semejante al ocupado en la literatura inglesa por el fiel recopilador de las notables observaciones del Dr. Johnson.

Este Boswell francés ha llevado a cabo su trabajo admirablemente. No se contenta con informar al lector que Anatole France es un brillante conversador—«divino»—es su adjetivo—, como hacen algunos recopiladores de las «brillanteces» de los hombres notables. Cada página resplandece con el ingenio de «le maitre», como Gsell y los discípulos de France lo llaman por reverencia; cada página la aviva su burla irónica, su filosófica sabiduría. El autor es afortunado al revelar a su héroe como uno cuya conversación casual en el círculo de sus amistades íntimas, es a la vez ingeniosa y sabia, profunda y delicada.

LAS conversaciones recogidas ocurrieron la mayor parte en la casa de Anatole en París, Villa Said, en la Avenida del Bosque de Boloña más allá del Arco de Triunfo Son, las más, anteriores a la guerra, sostenidas en días de paz, cuando el gran ironista charlaba con profesores sabidos, con colegas de renombre en las letras francesas, con pintores, con miembros de uniones obreras militantes, con rusos anarquistas que hablaban pausadamente de la técnica de arrojar una bomba. Aparecen también conversaciones con Mme. Sarah Bernard, quien deseó alguna vez ser colaboradora del sabio de Villa Said; con Rodin, el famoso es-

cultor, en su casa de Meudon, fuera de París; y con muchas otras celebridades. Abundan además las páginas de M. Gsell en comentarios de Anatole sobre personas notables que él trató años atrás, tales como Víctor Hugo, Francois Coppee, Catulle Mendes, Henry de Bornier, Michelet Leconte de Lisle. Se encuentran comentarios



ANATOLE FRANCE

literarios artísticos: a la vida diaria; sobre Shakespeare, Aristófanes, Homero, Rabelais, Racine, Corneille, Cervantes; «historias íntimas» de lo ocurrido entre grandes hombres, que harían pararse los pelos de punta al lector, si no fuera que constantemente le está diciendo: «Ahora recordad! Anatole France es el burlista más descarado! Es el ironista más impúdico en el mundo!»

Algunas de las anécdotas contadas por el autor de «Monsieur Bergeret», en Villa Said, tal como su Boswell las registra, son capaces de despertar en uno la duda de si, después de todo, aquel muy augusto y renombrado club de «Inmortales», la Academia Francesa, es, ...mas que las anécdotas hablen por sí solas. He aquí una, contada con perfecta seriedad por France, según

su Boswell: «Leconte de Lisle, el blasfemo que escribió «Poemes Barbares», fué electo miembro de la Academia como «poeta cristiano». Yo os aseguro que esto es cierto. Hablo con conocimiento. Estuve presente en la sesión en que fué electo... El Duque de Bogle supo que de Lisle era poeta. ¿Cómo lo supo? Todavía me hago esta pregunta. «Se me ha hablado de un poeta, confesó a sus colegas». Ciertamente, este poeta debe ser espiritualista, porque todos los poetas son espiritualistas. Ahora, la cristiandad y el espiritualismo son una y la misma cosa. De modo que Leconte de Lisle ha de ser cristiano, y de los buenos, de los excelentes. Votaré por él. Vosotros haréis otro tanto...!»

«Y a la vez una afortunada confusión que ayudó también a que de Lisle fuera electo. La mayoría de los «Inmortales» que votaron en favor suyo, creyó que él había escrito «Le Vase Brisé» de Sully Prudhomme».

Con esta agradable anécdota, contada por Anatole con absoluta seriedad, da la versión de su propia elección hecha por los «Inmortales» de la Academia Francesa. Es versión, esta, encomendada a aquellos que tienen en sus mentes la idea de una reunión de una solemnidad casi sobre-humana, en la cual los «inmortales», en trajes de corte especial, sugiriendo a la vez el Parnaso y un impecable respeto, sin sonreír elevan hasta su medio a quien estaba agitándose como simple mortal:

«Todo se debe a Ludovico Halevy, dice France. A pesar de ser su candidato a la inmortalidad de la Academia, anarquista en literatura, Halevy insistió en que él lo haría entrar. «Las palabras «Miembro de la Academia Francesa—decía Halevy—se verán tan bien sobre la carátula de vuestros libros!», y lanzó a su protegido a una serie de visitas a los académicos de influencia, en la esperanza de que así Anatole podría persuadirlos a fin de que votaran en favor de su transformación en un «Inmortal».

Enseguida vino para su candidato el momento de escribir la carta solicitando ser miembro. La escribió en el mejor francés que pudo imaginar.

«¡No, no!» dijo Halevy. «Déjeme escribirla por usted».

«De esta manera me la quitó», dijo solemnemente France a su círculo de amistades íntimas de Villa Said, y puso en ella tres o cuatro buenos y ostensibles errores de gramática. «¡He aquí!» exclamó, «ese es el estilo correcto!»

Entonces, continúa el pícaro de France, Halevy prosiguió en sus maniobras electorales, hasta que una mañana asomó radiante de gozo, y exclamó: «¡Ya los tenemos!»

«¿A quiénes?», preguntó el candidato.